

El establecimiento de una estrategia defensiva en el presidio de Orán al comienzo de la guerra con Gran Bretaña (1739-1748)

The Adoption of a Defensive Strategy in the Garrison Town of Oran During the Start of the War against Great Britain (1739–1748)

Luis Fernando Fé Cantó
Université de Limoges
Faculté des Lettres et Sciences Humaines
<http://orcid.org/0000-0002-4104-4283>
luis.fe-canto@unilim.fr

Recibido: 12-07-2016; Revisado: 02-10-2016; Aceptado: 14-10-2016

Resumen

Los presidios españoles en el norte de África han sido a menudo tratados como unidades geográficas sin relación directa o clara con el conjunto de la política imperial. Utilizando el tema de las fortificaciones como clave para pensar las relaciones entre la plaza fuerte de Orán y su entorno geo-político se intenta demostrar que se debe insertar el espacio magrebí dentro de la reflexión sobre los desafíos a los que se enfrentó el imperio hispánico y, por lo tanto, como una de las zonas en las que se desarrolló un pensamiento estratégico defensivo plasmado en baluartes, castillos y ciudadelas. Este trabajo se concentra en el análisis que va de 1739 a 1746, el momento más crítico de la guerra con Gran Bretaña.

Palabras clave: Fortificación, Magreb, Imperio español, Estrategia militar.

Abstract

Spanish garrisons in northern Africa have often been treated as geographical entities without a clear and direct link to the entirety of Imperial politics. By using fortresses as a key element to reflect on the relations between the stronghold of Oran and its geopolitical setting, this paper aims to show that the Maghrebi area should be included in any consideration of the challenges that the Spanish Empire had to face. Consequently, the Maghreb should be regarded as one of the areas in which strategic defensive thinking was developed and physically manifested in bastions, castles and citadels. The analysis focuses on the period between 1739 and 1746, the most critical time in the war with Great Britain.

Keywords: Fortress, Maghreb, Spanish Empire, Military strategy.

1. INTRODUCCIÓN AL ESTUDIO DE LAS FORTIFICACIONES ORANESAS EN EL SIGLO XVIII

Resulta difícil hacer en el marco de este artículo un análisis en profundidad de las fortificaciones del doble presidio de Orán y Mazalquivir después de su reconquista por las armas de Felipe V en 1732. Y lo resulta, en primer lugar, por la masa ingente de documentación conservada en la sección de Secretaría de Guerra del Archivo General de Simancas donde podemos encontrar decenas de legajos con información muy bien organizada sobre muy diversos aspectos. Entre estos papeles se hallan centenares de dibujos y mapas de las fortificaciones. Gracias a estas fuentes se puede seguir la evolución general del presidio en general, pero también de cada castillo en particular, se pueden consultar vistas de proyectos que no se concretizaron, como el del muelle de Orán, o planos y vistas que permiten tener una idea clara sobre el trabajo de los ingenieros en aquella plaza durante esta segunda fase de presencia hispana en la ciudad argelina que va de 1732 a 1792. En este fondo documental se encuentran también importantes series que ayudan a conocer el coste de todos estos trabajos lo cual permite evidenciar el esfuerzo consentido por la corona en la construcción, restauración y mantenimiento de un conjunto defensivo que no parece atraer demasiado la atención, en nuestros días, de las autoridades argelinas. El análisis detallado de toda esta documentación representa una ambición investigadora que se empieza a fraguar en este artículo. El objetivo en estas líneas es mostrar cómo dicho conjunto estuvo sujeto a una historia compleja en la que entraron en juego las estrategias defensivas de la estructura imperial hispana, las cuales fueron cambiantes durante los tres siglos de la Edad Moderna. Con esta perspectiva se quiere defender la tesis según la cual los presidios magrebíes bajo control español no fueron únicamente espacios cerrados y sin comunicación con las tierras vecinas o con el Mediterráneo (Fé Cantó, 2011, 2016b). Para defender esta hipótesis se ha concentrado el esfuerzo expositivo y analítico en los años que van de la reconquista de Orán en 1732 a la muerte de Felipe V en 1746, en plena guerra con Inglaterra. La llamada Guerra de la Oreja de Jenkins, o Guerra del Asiento que enfrentó a Gran Bretaña con España entre 1739 y 1748 no sólo tuvo como escenario de los grandes combates el Caribe (BETHENCOURT Y MASSIEU, 1998). El mar Mediterráneo fue también un foco central de dicho conflicto, más aún cuando la guerra contra los británicos se hizo más compleja debido a la internacionalización del conflicto al entrar las fuerzas españolas en el conflicto europeo de la Guerra de Sucesión de Austria a partir de 1741 enfrentándose en Italia con sus aliados franceses a los ejércitos austriacos (HARDING, 2013; BAUDOT MONROY, 2013).

Con este trabajo se intenta, por lo tanto, hacer un esfuerzo para mostrar que la ciudad de Orán funciona como un cuerpo urbanístico que responde no solamente a las exigencias que vienen de su interior, de la sociedad que alberga, sino también responde a las amenazas que pueden venir del exterior, tanto por mar como por tierra, es decir, mostrar la historicidad de las fortificaciones oranesas, lo cual es una manera de establecer las prioridades defensivas del presidio y, por lo tanto, los principios estratégicos que las definen (LESPÈS, 1938; Epalza y VILAR, 1988).

Esta aproximación parece necesaria no únicamente para dar a conocer esos trabajos efectuados en el siglo XVIII, época que atrae menos el interés historiográfico sobre las plazas españolas en África, sino también para situar esta investigación en una vía que vaya más allá de la simple constatación de la amplitud de la tarea ejecutada por los ingenieros del siglo XVIII (CAZENAVE, 1922; SÁNCHEZ DONCEL, 1991; BUNES IBARRA y GARCÍA-ARENAL, 1992). Esta labor ya justifica de por sí el esfuerzo investigador del historiador, pero la admiración ante la realización arquitectónica o ante las ruinas y vestigios de dichas obras, no sirve para explicarlas o para comprenderlas. Para ello es imperativo devolverles su historicidad, su dinámica histórica y su lógica en el tiempo, incluso si para ello haya que olvidar las frases admirativas sobre el impresionante circuito defensivo oranés, sobre sus aspectos poliorcéticos vanguardistas que, a veces, parecen exagerados o no muy bien explicados. Por ejemplo, es difícil encontrar la relación entre el sistema de fortificación de la plaza argelina en el siglo XVI como prefiguración del sistema de defensas de Amberes en la misma época (EPALZA y VILAR, 1988: 93). El propósito principal es mostrar que las fortificaciones oranesas fueron el resultado de un esfuerzo de adaptación a circunstancias cambiantes a lo largo de tres siglos de presencia hispana. Y en ese afán de acomodación se encuentran las claves de la estrategia defensiva que aquí se analiza. Los castillos, las murallas, el circuito defensivo en general es interpretado como una respuesta parcial a los problemas puntuales planteados por los distintos desafíos a los que hizo frente el presidio durante su historia: por ejemplo, la adopción del sistema abastionado de fortaleza, tan utilizado por los historiadores como un elemento importante de la «revolución militar» (BLACK, 2004), se debe relacionar con la amenaza opresiva que podían ejercer los Turcos, buenos utilizadores de artillería de la cual se sirvieron en Orán, por ejemplo, durante el asedio de 1563 (BODIN, 1934), pero también en 1688 y en 1707-1708, cuando se perdió la plaza¹ (MAESTRE DE SAN JUAN PELEGRÍN, 2006). Hasta el episodio de 1563, la ciudad había estado protegida por las murallas que marcaban el perímetro urbano, reconstruidas en parte por los españoles sobre el modelo musulmán, pero también por las torres dispersas en torno a la acrópolis de la Alcazaba y por el castillo de planta medieval de Rosalcázar. Hay que añadir que también el presidio de Mazalquivir, ocupado en 1505 por los españoles, tenía también en 1563 un trazado medieval (Cámara Muñoz, Moreira y Viganò, 2010: 108; Alonso Acero, 2006; Pestemaldjoglou, 1940). Para aquella época debía ser suficiente pues, como afirmaba Cristóbal de Rojas, uno de los mejores teóricos hispanos de la teoría de la fortificación de finales del siglo XVI: «conviene mirar bien, y sobre todo acordarse, que el Turco bate con muy gruesa artillería, y el Flamenco y el Inglés se valen de la zapa, y el Moro Alarbe de ninguna cosa, si no es de algazara y dar voces, pero bien es ponerse en defensa contra todos»² Esta tipología no cambió durante los tres siglos de la Edad Moderna. El esfuerzo de adaptación es lo que obliga a pensar estas fortificaciones como un ente dinámico que se desarrolló muy lentamente durante el primer

1 Ver en este número de la revista *Vegueta* el artículo de Antoine Sénéchal.

2 Cristóbal de Rojas, *Compendio y breve resolución de fortificación*, Madrid, 1613 (fols. 26v-27r), citado por ALONSO ACERO, 2000 : 24.

período hispano de la ciudad, para configurar una estructura que los ingenieros del siglo XVIII heredaron aportando las modificaciones y mejoras que el tiempo, los saberes acumulados y los nuevos desafíos podían ofrecer y motivar.

Esta herencia compuesta y acumulada durante dos siglos era el fruto de una adecuación a las dificultades que la geografía y los hombres habían dictado a los habitantes de este centro urbano situado en la falda de una colina costera, cuya vertiente septentrional desciende, de manera abrupta, hacia el Mediterráneo mientras que la cara meridional de la misma, la parte más elevada en donde se sitúa la Alcazaba, está cortada por una de las numerosas hondonadas que bajan de la montaña vecina llamada por los españoles la *Meseta*. Esos pequeños barrancos desembocan en el valle o más bien rambla escavada en la falda occidental de la acrópolis oranesa. Al otro lado de dicho cauce se extiende la llanura de Rosalcázar, dominada por el castillo del mismo nombre. La planicie está también cortada, con la misma orientación sur-norte, por otras pequeñas ramblas formadas por la erosión pluvial mediterránea. Estas tierras irrigadas por el río y por las fuentes subterráneas de las proximidades de la plaza fueron poco a poco controladas por los españoles quienes utilizaron y mejoraron la red de torres que debía existir, en gran medida, antes de la conquista del cardenal Cisneros en 1509.³ Asimismo la peligrosa playa de Orán estaba en parte protegida por el mencionado castillo de Rosalcázar.

Fue la concretización de la amenaza turca en 1563 la que obligó a mejorar la estructura defensiva del presidio. Los esfuerzos se dirigieron a asegurar el control de la zona montañosa de la *Meseta*, en particular la cresta rocosa que formaba una silla a algunas decenas de metros antes de la cima de la montaña. Esta zona permitía proteger, desde las alturas, el lugar que más pronto cayó durante este sitio. Durante el asedio una de las torres importantes del sistema antiguo, la torre de los Santos en la zona occidental, no resistió el envite artillero turco, lo que había abierto la posibilidad de un sitio en toda regla del perímetro urbano de la ciudad, cuyas débiles murallas no hubieran podido resistir el fuego de los cañones otomanos⁴. Felizmente, en palabras de Suárez Montañés, las fuerzas otomanas de Argel prefirieron atacar al corazón del sistema oranés, es decir, al castillo de Mazalquivir, puerto de entrada de todo el apoyo que podía venir desde la península. La conquista podía impedir la conexión con Orán y, por lo tanto, facilitar la caída de la ciudad. Era, estratégicamente, un buen plan. Pero fracasó por la fuerte resistencia ofrecida por el fuerte que dominaba, sobre una colina, la bahía de Mazalquivir, el castillo de San Salvador, lo cual favoreció la organización de la defensa del castillo costero, clave para dominar el puerto, y también permitió la llegada de la flota de galeras con los refuerzos que desanimaron a las fuerzas

3 Suárez Montañés, un soldado que vivió en Orán a finales del siglo XVI, habla en su obra de cinco mil torres en la vecindad de Orán. Ver SUÁREZ MONTAÑÉS, 2005.

4 Suárez Montañés habla de este asedio en el capítulo VII de su obra. También se pueden encontrar datos sobre el mismo en la memoria que escribió el ingeniero Leonardo Turriano en 1598 titulada *Descripcion de las plaças de Oran y Mazarquivir, en materia de fortificar*, editada por CÁMARA MUÑOZ et al., 2010. Asimismo el anónimo custodiado en la Biblioteca Nacional (BN), Manuscritos (Mss.) 18554/12, *Relación de la jornada que hizo Hasán Bajá, rey de Argel, sobre las plazas de Mazalquivir y Orán, este presente año de 1563*.

argelinas. El ataque turco mostró, en los hechos, cuáles eran los puntos débiles de la posesión española. La prioridad, siguiendo la opinión de los ingenieros enviados por Felipe II después del asedio, los italianos Juan Bautista Antonelli y Jacomo Pelearo, fue Mazalquivir, y después, a partir de 1577, a la mejora de Rosalcázar, en el extremo oriental del valle de Orán y lugar que dominaba la ciudad también. Ese mismo año se iniciaba en la vertiente de la *Meseta* el castillo de Santa Cruz (KEHL, 1933; VERA APARICI, 1995). La función de esta fortaleza era proteger los accesos escarpados a la Alcazaba y a la zona meridional del río, donde se encontraba la fuente que alimentaba continuamente el caudal del río, mal protegida por la torre de los Santos en el año del sitio otomano, como se ha dicho. No lejos de esta fuente se construyó el castillo de San Felipe, a principios del siglo XVII, lo que es una prueba de un esfuerzo continuo y mesurado, si juzgamos con optimismo dichos trabajos, o si no, de un esfuerzo penoso y de falta de medios para concluirlos. Sea como fuere, a principios del siglo XVII la zona del valle seguía sin estar bien protegida. Hubo que esperar incluso a finales de dicha centuria y otros importantes asedios turcos, sobre todo el de 1688,⁵ para ver aparecer el último elemento fortificado que unió las dos extremidades de la línea Rosalcázar-San Felipe. Este eje debía estar protegido por una empalizada, por torres bien fortificadas como la del Madrigal o la Torre Gorda o incluso por casas cuyo objetivo era más bien los robos de las huertas del valle antes que asegurar una protección en caso de asedio. El edificio que vino a completar esta cara oriental del plan defensivo de Orán fue el castillo de San Andrés. Hay que añadir a esta presentación somera otros puntos fortificados, como por ejemplo el castillo de San Gregorio, levantado también después de 1577, sobre la antigua torre del Hacho, que protegía el camino costero entre Orán y Mazalquivir, en las faldas de la *Meseta*, a media altura, subiendo hacia el castillo de Santa Cruz. Protegía por lo tanto también el flanco occidental de la ciudad y la playa de la Marina, donde descargaban las mercancías las pequeñas embarcaciones provenientes de Mazalquivir. Diego Suárez habla de San Gregorio como de una obra ya finalizada en su época, a finales del siglo XVI.

Durante los dos primeros siglos de presencia hispana en Orán se consolidaron, se restauraron o se repararon las fortalezas marítimas de Mazalquivir y Rosalcázar, aplicando la teoría del sistema del bastión en terrenos irregulares. La prioridad se situó en la preservación de la comunicación marítima con la península y entre los dos conjuntos mencionados. Ese fue el objetivo del pequeño castillo de San Gregorio del que se acaba de hablar. Una vez reforzada la costa, el frente norte del dispositivo, se pasó a mejorar la defensa del flanco sur, pues la amenaza de la artillería turca dejó obsoleta la Alcazaba medieval. Para conseguir ese refuerzo del lado meridional hubo que ocupar la parte alta de la montaña de la *Meseta*, con la construcción del castillo de Santa Cruz que dificultaba las operaciones de bombardeo que se pudieran llevar a cabo desde la cima plana del monte que dominaba la ciudad de Orán. Por fin, el flanco oriental fue mejorado con la

⁵ Se puede consultar el testimonio del Capitán General en aquella época Felix Nieto de Silva en sus memorias. *Memorias de don Felix Nieto de Silva, marqués de Tenebrón* publicadas en 1888 por la Sociedad de Bibliófilos Españoles.

construcción de obras claves como Rosalcázar, eje central del sistema oranés, pero también de obras completamente modernas como los castillos de San Felipe y San Andrés en la cresta de la hondonada. Estas obras dominaban al mismo tiempo el valle con sus huertas y la ciudad, pero también la llanura oriental.

Hubo, pues, un largo esfuerzo de adaptación, en parte determinado por razones de orden económico, pero también por razones estratégicas que tuvieron en cuenta el tipo de enemigo al que se enfrentó el presidio, pero también al terreno montañoso, escarpado y desigual, lo cual impidió los grandes desarrollos de las fortificaciones de las ciudades de llanura que se dieron en otras zonas europeas siguiendo las innovaciones de la ciencia de las fortificaciones (Díaz Capmany, 2004). Pero es importante subrayar que muchas de estas modificaciones fueron motivadas por las acciones militares más importantes que suscitaron, a fin de cuentas, una reflexión sobre la necesaria mejora de la estrategia defensiva que se plasmó en las fortificaciones del doble presidio. Se pueden destacar tres fechas para demostrar esta relación entre estrategia defensiva y operación de fortificación de la plaza. La primera ya ha sido muy mencionada, 1563 y el asedio turco que impulsó la modernización de las fortalezas de Mazalquivir. La segunda fecha es 1575. En ese año se nombró a Martín de Córdoba Capitán General de las plazas oranesas. Felipe II lo envió a Orán para hacer frente a la amenaza otomana. Martín de Córdoba «le dio noticia de cómo era necesario fortificarlas con algunas nuevas fuerzas en los extramuros de Orán y Mazalquivir» (SUÁREZ MONTANÉS, 2005: 567), lo que se tradujo, después de las habituales discusiones y vaivenes entre la corte y el presidio con los informes de los ingenieros Vespasiano Gonzaga y Giacomo Pelearo, el Fratrín,⁶ en la ejecución de nuevas obras en Mazalquivir y la construcción de los castillos de Santa Cruz y San Gregorio. La última fecha que se puede destacar, pero el trabajo sobre el mantenimiento de las fortificaciones oranesas en la segunda mitad del siglo XVII está por hacer, con lo cual estas líneas se mantienen a nivel de hipótesis, es el año de 1688, también marcado por un importante asedio otomano del que resultó la construcción del castillo de San Andrés ya mencionado durante el gobierno del Capitán General duque de Canzano, entre 1693 y 1695.

Los asedios otomanos a Orán, es decir aquellos en que se utilizó la artillería de manera generalizada, fueron relativamente numerosos durante los siglos XVI y XVII. Se pueden contabilizar, sin ser exhaustivos, los de 1556, 1563, 1675, 1688 y 1706-1708.⁷ No son muchos episodios de cerco militar lo cual pudiera validar el comentario de Felipe Ramírez de Arellano, oficial nacido en Orán que asistió tanto a la pérdida de la plaza en 1708 como a su recuperación en 1732. Esta experiencia le daba autoridad pero también el hecho de ser el representante de una profunda memoria familiar de lo que era la vida militar en el Orán español del siglo XVII. Este representante de la familia de los Ramírez Arellano, de larga tradición en Orán desde por lo menos principios del siglo XVII, afirmó en una

⁶ Se discute entre otras cosas la posibilidad de abandonar Orán manteniendo el control de Mazalquivir. Para este tema se puede consultar, además de las obras generales citadas en la bibliografía, Fey (1858) y Bodin (1934).

⁷ De los que se tienen pocas noticias y hay pocos trabajos por ahora.

reflexión sobre el papel que debía jugar la nueva posesión hispana en el Magreb, después de 1732, que el enemigo al que se debían enfrentar las fuerzas hispanas en aquella época, los años 30 del siglo XVIII eran las tribus árabes y bereberes, «porque los turcos son accidentales en aquella frontera».⁸ Un comentario como éste debe ser confrontado con la realidad histórica, pero nos conduce a poner en tela de juicio la visión de una presencia continua de fuerzas turcas cerca de Orán. Nos parece que la hipótesis de la existencia de una amenaza permanente por parte de fuerzas específicamente otomana debe replantearse y circunscribirse a los asedios aludidos. Quizás sea más útil subrayar que la amenaza fue real y continua, al menos durante el período mejor conocido de la historia de Orán, el que va de 1550 a 1639 (ALONSO ACERO, 2000; LA VÉRONNE, 1983). Dicha presencia amenazante es el resultado de la presión ejercida por los *moros de guerra* sobre las tribus de *moros de paz* bajo protección de la guarnición oranesa (ALONSO ACERO, 2000; FÉ CANTÓ, 2011, 2016b). Se trata más bien de una presión ejercida allende las murallas de la ciudad. Los turcos sólo aparecen delante de las fortificaciones en los momentos de alta tensión diplomática en el Mediterráneo occidental, coincidiendo en parte con los asedios y sitios mencionados. Sea como fuere, el sistema de fortificación se consolidó durante poco más de un siglo: desde 1563 a 1690, protegido por una fuerza teórica de 1700 infantes (ALONSO ACERO, 2000: 75-165). Este número fue suficiente para permitir lo esencial. En primer lugar, mantener a distancia al enemigo cercano, el *moro de guerra*, más proclive a la acción rápida para robar ganado o capturar personas. En segundo lugar, permitir las *cabalgadas*, esas expediciones militares cuya importancia tiene que ser reevaluada (FÉ CANTÓ, 2016b; MARTÍN CORRALES, 2005) y que utilizaban la ciudad fortificada como base de operaciones. Estos dos eran los objetivos ordinarios de las tropas de la plaza de Orán.

En los momentos extraordinarios, en los cercos organizados siguiendo las reglas comunes del arte de asediar plazas, no es la calidad del sistema defensivo lo que marca la diferencia, o no únicamente. El tiempo es el elemento clave: el tiempo necesario para aislar la fortaleza por parte del sitiador; el tiempo del que disponen los asediados, determinado por las provisiones almacenadas previamente; el tiempo de reacción de las fuerzas que pueden venir a socorrer a los atacados. Las fortificaciones tienen un capital-tiempo delimitado en cualquier caso. Se puede alargar, estirar, pero nunca hasta el infinito. No es una casualidad que el diseñador más conocido de fortalezas abastionadas, Vauban, sea también un experto reconocido en el ataque y asedio de sistemas defensivos (VIROL, 2003; BITTERLING, 2009). Para el caso del doble presidio que es objeto de estudio en estas líneas, el ejemplo de Mazalquivir es llamativo. Tenía la fama de ser una fortaleza inexpugnable, según los historiadores (PESTEMALDJOGLOU, A. (1940; ALONSO ACERO, 2006: 175). Es cierto que el castillo se mantuvo firme durante el asedio de 1563, gracias, como se ha comentado, a la resistencia heroica del fuerte de San Salvador,

⁸ Archivo General de Simancas (AGS), Secretaría de Guerra (SGU), legajo (leg.) 4755, Felipe Ramírez de Arellano responde al proyecto que hace don Martín de Milla para planificar y establecer el gobierno militar y político, rentas y estado eclesiástico de la plaza de Orán, para que sea útil al Rey por lo que toca a la guerra, Madrid, 8 de agosto de 1737.

situado sobre la colina que domina la fortaleza marítima. Ese tiempo ganado permitió la llegada de las galeras de Doria y del virrey de Nápoles. La estrategia turca de atacar al nudo de la comunicación marítima entre España y Orán era acertada pero no tuvieron el tiempo necesario para aplicarlo por la llegada de la ayuda exterior, poco después de haber destruido el mencionado fuerte.

Casi un siglo y medio después, en 1707, las fuerzas otomano-argelinas no cometieron el mismo error.⁹ Se aprovecharon de la larga crisis causada por la Guerra de Sucesión de España para empezar el asedio, de manera tímida, en 1706, para pasar a una fase más activa después.¹⁰ Su estrategia ofensiva fue diferente: atacaron y ocuparon primero los castillos exteriores de San Felipe, Santa Cruz y finalmente San Gregorio. Cortaron o dificultaron mucho así la línea de comunicación terrestre y marítima entre Mazalquivir y Orán. Asaltaron después Rosalcázar lo cual hizo que las tropas hispanas abandonaran Orán a principios de 1708. Sólo quedaba Mazalquivir. El control de las alturas por parte de las fuerzas otomanas, tanto desde el castillo de San Gregorio, como de la colina donde había estado el fuerte de San Salvador (que no fue reconstruido después del asedio de 1563), la llamada colina del Santón, impidió o dificultó en gran medida que los navíos españoles y malteses encargados avituallasen a las casi 2500 personas que se encontraban en el recinto de la fortaleza.¹¹ Fueron casi tres meses, desde finales de enero a abril de 1708, de duro asedio. La debilidad de la marina de Felipe V, el control inglés del Mediterráneo por la flota del almirante Leake, la traición del conde de Santa Cruz de los Manuales, Luis Manuel Fernández de Córdoba, cuatralbo de las galeras de España,¹² son también algunos de los elementos que explican la caída de Mazalquivir, en los primeros días de la primavera de 1708. En 10 meses, las fuerzas de la Regencia rompieron la resistencia del sistema defensivo oranés sin tener necesidad de bloquearla por vía marítima, conocedores de los problemas que encontraba el bando borbónico, que aumentó con la ocupación de Cartagena y Alicante por los austracistas en 1706.

No hay, por lo tanto, fortaleza inexpugnable. Hay situaciones cambiantes, oportunidades a las cuales el arte de la fortificación encuentra soluciones puntuales, más o menos duraderas, pero cuyo radio de acción puede ser limitado.

2. FORTIFICACION Y ESTRATEGIA DEFENSIVA DE ORÁN ENTRE 1732 Y 1746

Los comandantes generales de Orán mostraron, durante el siglo XVIII, una gran capacidad de adaptación y de previsión con respecto a los peligros que podían amenazar al doble presidio. Esta aptitud para anticipar fue el motor de las

9 En este número de la revista *Vegueta* Antoine Sénéchal explica lo que ocurrió en Orán durante el asedio victorioso de las fuerzas de la Regencia de Argel.

10 AGS, SGU, Leg. 4700, carta del veedor de Orán, Florián González a José Carrillo, Orán, 10 de junio de 1706.

11 Archivo Histórico Nacional (AHN), Estado (E), Leg. 2040, Copia de un informe transmitido por el gobernador de Cartagena a Grimaldo, secretario universal de Guerra, 17 de febrero de 1708.

12 El 14 de junio de 1706 el cuatralbo se pasó a las fuerzas austracistas con las galeras y la ayuda que llevaba a Orán.

obras de fortificación llevados a cabo durante este periodo. Se quiere destacar su lógica general dejando los detalles para las fichas inclusas al final de este artículo. Dichas obras fueron la respuesta, en primer lugar, a la orden del Rey para

Poner estas plazas en un estado respetable no sólo a turcos y moros sino aún a otra cualquiera nación; y que considerando en ellas dos especies de obras, una de fortificaciones para su defensa, y otra de cuarteles y oficinas para comodidad de la tropa y conservación de los efectos [...] y que para ejecutarlas pidiese los materiales, obreros y peones que se juzgasen necesarios.¹³

No debe extrañar, por lo tanto, que la voluntad de mejorar el sistema de defensa pasiva de Orán se relacione, no sólo con el enemigo natural, la Regencia de Argel, sino también con el que era un enemigo potencial en 1735, Gran Bretaña. Esto se debe relacionar con la competencia comercial en el Mediterráneo, una motivación que no se ha puesto lo suficiente de relieve en la historiografía a la hora de explicar los motivos de la reconquista de la ciudad argelina de Orán en 1732 (FÉ CANTÓ, 2011, 2016b). Esta perspectiva incita a interpretar la labor de construcción y reparación de fortificaciones en la nueva posesión oranesa como una concretización espacial de los conflictos políticos de este período del siglo XVIII, pero también de posibles conflictos futuros. En lugar de preguntarse, como algunos historiadores, si «la falta de hombres era precisamente la que provocaba la multiplicación de fortificaciones tan ostentosas» (EPALZA y VILAR, 1988: 108), lo que da una falsa justificación, basada en problemas exclusivamente internos, a las obras defensivas, añadiendo un matiz de crítica inútil y anacrónica sobre el carácter de la presencia hispana al otro lado del Estrecho. La preservación de la tropa fue una preocupación generalizada de las monarquías militares de la Edad Moderna, y para ello, las fortificaciones, cuarteles y hospitales se convirtieron en obras imprescindibles, muy desarrolladas en el siglo XVIII, de lo cual Orán fue un ejemplo, como lo manifiestan los historiadores citados. Pero en la elaboración del sistema defensivo en sí mismo la reflexión sobre las estrategias ofensivas que los posibles enemigos podían seguir era esencial. Para entender la trama defensiva oranesa en esta época es más útil entenderla como una manifestación del poder monárquico que delimita su espacio, no de manera ostentosa sino más bien pragmática. Es cierto que las fortificaciones pueden ser interpretadas como una simbología del poder, pero no por eso dejan de ser una respuesta a problemas concretos en un momento dado. Es este aspecto el que me interesa en este trabajo. Se prefiere ver de esta manera en el sistema oranés una manifestación de la voluntad por preservar el capital humano del ejército y no una declaración de debilidad ante la imposibilidad de ocupar la tierra e instalar colonos, algo que nunca fue el objetivo de las plazas hispanas en África (FÉ CANTÓ, 2015). Las fortificaciones son también una prueba de la preocupación por gestionar, utilizando un término actual, el capital humano de la guarnición, como elemento

13 AGS, SGU, Leg. 4739, Artículos contenidos en la instrucción que se me dió para mi gobierno en el mando general de las plazas y tropas de Orán y del cumplimiento que les he dado, escritos por el comandante general de Orán José Vallejo a José Patiño, Orán, 5 de febrero de 1735.

clave de la estrategia defensiva no sólo de Orán y Mazalquivir sino también del conjunto del entramado territorial de la monarquía hispana.

Las fortificaciones de Orán son la respuesta de los hombres a las amenazas expresadas por el devenir histórico del Mediterráneo. Son también, en la mente de los diferentes ministros de la Secretaría de Guerra, una manera de ahorrar las fuerzas y administrar la capacidad del ejército del Rey. Hay que poner en la balanza del juicio histórico esta idea junto a la referida más arriba sobre lo ostentoso o sobre el derroche que dichas obras defensivas podían representar. Más piedras, más murallas significaban menos hombres de guarnición, se puede pensar. Pero también es legítimo pensar con las cifras en la mano. La guarnición ordinaria de Orán en el siglo XVI era de 1.700 hombres, como se ha comentado, en el siglo XVIII llegó a superar los 4.000 (ALONSO ACERO, 2000; FÉ CANTÓ, 2011). Las obras construidas entre el siglo XVI y el XVIII no impidieron la inflación en la cantidad de tropa acuartelada. Y esto debe ser relacionado con las circunstancias cambiantes, la ampliación de los desafíos militares a lo largo de la Edad Moderna, el aumento, finalmente, de la capacidad ofensiva de los enemigos, y esto también tiene que ver con la historiografía y su tendencia a abusar de la idea de unos poderes políticos y militares magrebíes decadentes o infradotados en el siglo XVIII (MEROUCHE, 2007; BLACK, 2004).

Por esta razón, los primeros grandes proyectos generales de fortificación de Orán, después de la conquista de 1732, están relacionados con los primeros cálculos sobre la cantidad de hombres necesaria para defender la nueva posesión. Coinciden, además, lo cual es lógico, con el final del segundo asedio llevado a cabo por las tropas de la Regencia durante el verano de 1733. En el mes de septiembre, una vez retirados los sitiadores se escribió al nuevo ingeniero en jefe de las plazas, Juan Ballester, para informarle de que

Ha resuelto el Rey, viéndola libre de los insultos que causaban [los infieles] inquietando su guarnición [...] aplicar todos los esfuerzos posibles para ponerla en el mejor estado de defensa, para impedir totalmente cualquier recelo de que los infieles puedan en ningún tiempo invadirla, y que a este fin pueda resistir a sus esfuerzos con una mediana guarnición.¹⁴

Las fortalezas servían, pues, para responder a las amenazas reales o hipotéticas. Entre estas, la más obsesiva, durante la segunda fase de presencia hispana en Orán (1732-1792), fue la de un ataque combinado anglo-argelino. En todo caso, los británicos y la Regencia argelina intentaron hacer creer a la corte madrileña que esta operación conjunta era factible. Habría que consultar los papeles del consulado de Gran Bretaña en Argel y las fuentes otomanas de la Regencia para saber hasta qué punto estos proyectos fueron ciertos. Pero, en las fuentes españolas, esta posibilidad fue vista con preocupación. Esta hipótesis no sólo se fundaba en las tensiones que podía haber entre el cónsul inglés y el representante no oficial del rey de España en la capital argelina, el administrador

¹⁴ AGS SGRU Leg. 1779, Carta dirigida por los servicios de la Secretaría de Guerra a Juan Ballester, San Ildefonso, 3 de septiembre de 1733.

del hospital de cautivos. Se puede dar un ejemplo de esas tensiones mencionando las críticas y labor diplomática por parte del cónsul inglés para debilitar la tregua entre Argel y Orán firmada en 1701 de la que sólo tengo, por ahora, referencias indirectas.¹⁵ Hay otros casos de esta colaboración entre los ingleses y los turco-argelinos durante el momento crítico del asedio durante el cual se perdió Orán. En 1707, al principio del cerco, el veedor de Orán, Florián González, declara a José Grimaldo que «habiéndose sabido es inglés el ingeniero que dirige los ataques y oído decir al que tenemos aquí, que los trabaja con mucha regularidad y que todo lo que ejecuta es conforme a la práctica».¹⁶ El temor de una colaboración anglo-otomana fue también expresado muy claramente por el segundo Comandante General, el marqués de Villadarias, en 1733, al principio de la Guerra de Sucesión de Polonia, en la que la monarquía borbónica española intervino para defender los derechos dinásticos en Italia. El marqués afirma que:

Si las razones de entrar en la nueva guerra ultramarina que se dice (no obstante sus perjuicios y honerosísimas consecuencias) fueren insuperables, se puede creer como infalible que los turcos con mayores esfuerzos que nunca y promovidos principalmente del influjo de ingleses volverían al empeño de atacar esta plaza [en el margen del documento se lee: Dicen los turcos entre sí, como nos han referido varias veces, que para tomar a Orán, es menester que aguarden a que el rey de España, se halle embarazado en una guerra]. Y si éstos [los ingleses] tuvieren contra nosotros parte en la guerra, unidos sus navíos con los de los argelinos, a más del número considerable de otras embarcaciones inferiores, dificultarán sumamente el comercio y correspondencia de ella con las costa de España, sirviéndoles de gran bien a este propósito los dos favorables puntos de Gibraltar y Puerto Mahón.¹⁷

Al final de esta carta dirigida al Secretario de Guerra, José Patiño, Villadarias aconsejaba que se previniesen las consecuencias que para Orán podía tener una guerra mediterránea con Gran Bretaña. Su aviso no fue inútil, como lo demuestran las instrucciones que el rey Felipe V dio a su sucesor, José Vallejo, ya citadas, y que afirmaba la voluntad real de hacer de la nueva posesión una plaza respetada por los turcos y los europeos gracias a un proyecto de fortificación firmado por el ingeniero Ballester.

Por último, es necesario añadir que estos rumores y reflexiones sobre el matrimonio de conveniencia entre la Pérfida Albión y la Regencia, son comunes en los momentos de tensión. Por ejemplo, en 1736, Vallejo intentó justificar aludiendo este tema su política oranesa, más bien aislacionista con respecto a las poblaciones musulmanas (FÉ CANTÓ, 2016a). Afirmaba que un cautivo que se había escapado de la ciudad con guarnición turca de Mascara había oído al bey turco de esta ciudad del oeste argelino que tenía previsto volver a sitiar la posesión hispana « si rompía el inglés guerra con España se harían de su parte, y ellos por tierra y el inglés por mar, la ganarían [la plaza de Orán] y la demolerían

15 AHN E Leg. 2040, carta del administrador de los hospitales de cautivos de Argel, fray Juan Antonio Vello al Consejo de Estado, el 10 de julio de 1703 mencionando esa tregua y cómo el Cónsul inglés intentaba romperla.

16 AHN E Leg. 464, carta de Florián González a José Grimaldo, Orán, 18 de junio de 1707.

17 AGS SGU Leg. 4732, Carta del marqués de Villadarias a José Patiño, Orán, 8 de noviembre de 1733.

con todos los castillos sino es el de Almarsa [Mazalquivir] que se lo dejarían al inglés». ¹⁸

Es necesario también destacar que la amenaza militar no era la única baza de este juego entre las potencias de las dos vertientes mediterráneas. El aspecto comercial era también muy importante (FÉ CANTÓ, 2015) como lo recuerda el Comandante General José Aramburu, el sucesor de José Vallejo, cuando, en 1739, la posibilidad de una guerra con Inglaterra empezaba a ser algo más que probable. Aramburu, hablando de la orden dictada por Argel de no comerciar con la plaza de Orán afirma que hacer respetar esta prohibición

Es su cuidado desde que, a lo que tengo entendido, los ingleses, que son dueños del poco [comercio] que hay en Argel, han pensado puede perjudicarles para disfrutarle se abra por esta plaza el comercio de Poniente de este reino por otra mano, para cuya prohibición según se me refiere son severísimas las órdenes de aquella Regencia para este Rey. ¹⁹

La inquietud que suscitaban las maniobras inglesas aumentó, por lo tanto, en 1739. El clima bélico que dominaba la situación en la corte desde 1738 se hizo realidad al estallar, un año después, el conflicto con la potencia naval británica del rey Jorge II. El largo desarrollo de este conflicto, su complejidad debido a la coincidencia con la Guerra de Sucesión de Austria, y también la importancia dada por la historiografía al ámbito caribeño de este enfrentamiento militar han hecho olvidar el frente mediterráneo del mismo (HARDING, 2010; BAUDOT MONROY, 2013). Así la preocupación española se concretizó en Orán con la construcción de un nuevo fuerte, con un marcado objetivo defensivo marítimo, el baluarte de la Mona, sobre el saliente costero que delimita el paso marítimo entre Mazalquivir y Orán. Asimismo la Real Junta de Fortificación, reunida en Madrid, dio la prioridad absoluta a la mejora de los grandes castillos claves en la defensa del conjunto, es decir, Rosalcázar y Mazalquivir, los castillos que defendían la fachada marítima. Esta Junta que expresa el punto de vista de la corte había tenido en cuenta el «asunto del recelo que se tiene de que los moros ayudados de los ingleses ataquen a Orán y sus castillos». ²⁰ El temor que provocó este amago ofensivo por parte de las fuerzas británicas fue uno de los centros de interés de esta Junta, durante el año de 1740. Por esta razón se desarrolló una reflexión sobre el sistema defensivo oranés. Esta fue la fuente que permite conocer hoy cómo progresó la estrategia defensiva de la plaza. Impulsado por este primer informe hecho en Madrid gracias a la consulta de diferentes mapas, el Duque de Montemar pidió al Comandante General Aramburu que le hiciera una memoria sobre la situación del presidio. Este se concentró en comentar los puntos desarrollados por los miembros de la Junta de Fortificación madrileña. Empezaba recordando que el flanco sur, el protegido por la Alcazaba, estaba bien defendido gracias a la construcción reciente, durante

¹⁸ AGS SGU Leg. 4743, Actas de la declaración de cautivos escapados, Orán, 30 de septiembre de 1736.

¹⁹ AGS SGU Leg. 4766, Carta de José Aramburu a Casimiro Uztariz, Orán, 20 de junio de 1739.

²⁰ AGS SGU Leg. 3464, Informe de Diego de Bordich y Pedro Superviela al Duque de Montemar, ministro de Guerra, Madrid, 20 de febrero de 1740.

el mandato de José Vallejo, entre 1733 y 1738, de los pequeños fuertes de San Pedro y Santiago que cubrían, el primero la otra cara del barranco situado al sur de la acrópolis, y el segundo el barranco de la Madre Vieja, en el ángulo suroeste de la ciudad. Opinaba también que Rosalcázar estaba en estado de defensa, gracias al apoyo artillero que podía recibir del castillo próximo de San Andrés. La fortaleza de Rosalcázar estaba por lo tanto bien protegida gracias a los revellines y fuertes exteriores de la misma que cubrían el flanco terrestre del mismo, lo cual explica el juicio positivo de Aramburu sobre esta fortaleza principal aunque algunos de sus baluartes, los más antiguos, como el de la Encarnación, « estuviese bastante desmoronado ».²¹ Aramburu continuó su informe subrayando que el verdadero punto débil del sistema defensivo oranés era el castillo de San Felipe, el punto donde comenzó la debacle de 1707, el punto donde los otomanos concentraron buena parte de sus esfuerzos durante los asedios de 1732 y 1733. Es cierto que los ingenieros del Rey habían trabajado desde entonces para mejorar la protección de esta zona del flanco sur que protegía la fuente y el aprovisionamiento de agua de la ciudad con la construcción de los reductos de San Fernando y San Carlos. Pero para Aramburu

Si los turcos vienen auxiliados de ingenieros ingleses, y con el cañón y municiones que esta nación les puede suministrar, no se les esconderá a dichos ingenieros que el verdadero y facilísimo ataque es por el fuerte de San Felipe, al cual los conducirá el ver el de San Fernando de muy poca resistencia por sí [...] Verdaderamente, así estos fuertes, como otros nuevamente hechos se conoce han sido construidos en el concepto de que sólo serán atacados por la impericia y escasez de cañón y municiones con que suelen los argelinos, lo que es bien lastimoso a vista de los inmensos caudales que en esto se han gastado.²²

La amenaza inglesa provocó una inflación en la búsqueda de ángulos ciegos en el sistema defensivo. El Comandante General, prisionero de su voluntad de aportar su idea al edificio imaginario de los proyectos sobre el sistema de defensa perfecto para el presidio, expuso su plan para mejorar la defensa del conducto real, del sistema de alcantarillado que atravesaba Orán en el sentido suroeste noreste, como se puede leer en el documento que se está comentando. La idea era interesante, pero no era prioritaria. Iba en contra, en gran medida, de la petición del duque de Montemar, cuyo objetivo era dar respuesta a la amenaza que el conflicto con los británicos podía conllevar para la plaza. La búsqueda del punto débil era casi un punto de detalle en este documento que hacía un balance de la situación general de la fortaleza. Aramburu lo sabía, por eso acabó su memoria focalizándose en Mazalquivir. Sobre este castillo subrayó que, aunque tenía ciertas partes en ruina, estaba capacitado para defenderse. Para suplir en parte los problemas que pudiera haber para restaurar ciertas zonas no prioritarias había ordenado que se enviasen más presidiarios para acelerar las obras.

Este primer informe sobre los puntos que el Comandante General consideraba deficientes fue enviado al duque de Montemar. Este, a su vez, lo transmitió para consulta a uno de los ingenieros que había trabajado en Orán, Juan Bautista

21 AGS SGU Leg. 3464, Informe de José Aramburu al Duque de Montemar, Orán, 7 de marzo de 1740.

22 *Ibid.*

McEvan.²³ Su informe es un perfecto resumen de lo que estaba en juego en aquel momento. Y asimismo de cómo la estrategia defensiva se adaptó a las amenazas de esa época. El hecho de haber sido el ingeniero principal de la plaza entre 1737 y 1739 le obligó a ser menos alarmista que Aramburu o que los miembros de la Real Junta de Fortificación, pues no podía criticar su propio trabajo. Quizás por esa razón prefirió subrayar el carácter altamente hipotético de una posible colaboración anglo-otomana:

Bien puede ser que la vanidad de los ingleses para hacer ruido en el mundo, dé alguna artillería ordinaria, y corta porción de municiones a la Regencia de Argel, para incitarla a molestar a Orán, pero jamás dará ni puede dar lo necesario para un sitio proporcionado a la resistencia de aquellas fortalezas, y la Regencia, que está bien informada de la consistencia de aquellos presidios no tendrá la veleidad de gastar caudal propio y turcos para complacer a los ingleses. Siendo esto muy cierto, también lo es que si los bárbaros emprenden algo por el estímulo de los ingleses, no será más que presentarse con alguna artillería mal servida delante de aquellos castillos, y tirar de lejos algunos días, y después retirarse gritando que les falta todo lo necesario para proseguir; ni tampoco lograrán mejor suceso aunque los ingleses den alguna tropilla de desembarco, pues esta será tan limitada que de por sí, no podrá nada; y los infieles que son más astutos de lo que persuade su barbaridad, no han de sacrificar sus vidas y caudales por la tan equivocada como ponderada ventaja que a ellos puede resultar de que Orán mude de dueño.²⁴

El tiempo dio la razón a aquellos que pensaron, como este ingeniero, que Orán era un frente secundario en el conflicto con Gran Bretaña donde no iba a haber enfrentamiento directo ni alianza con Argel. Pero esto no quiere decir que no hubiera un frente militar. Lo había y era el Mediterráneo, todo el Mediterráneo. Y en este sentido, el empeño militar inglés era mucho más que un rumor o una posibilidad lejana para la corte madrileña: en noviembre de 1739 las primeras medidas que se tomaron cuando se declaró la guerra al inglés tuvieron en cuenta una posible ruptura de comunicación entre la Península y los presidios, sin preocuparse de las fortificaciones. Se trataba de enviar 1.200.000 reales de vellón a Orán para atesorarlos allí en vista de cualquier urgencia que pudiera ocurrir. Este dinero debía ser expedido «mientras que la vía marítima esté libre».²⁵ Esta previsión era necesaria pues, ya en marzo de 1740, José Aramburu informó al duque de Montemar de la presencia, cerca de Cartagena, de una escuadra inglesa de ocho grandes navíos y cuatro fragatas, las cuales atacaron, sin graves consecuencias, a las galeras españolas.²⁶ El peligro que la flota británica representaba redujo en una alta proporción el comercio entre España y Orán (FÉ CANTÓ, 2011), que ya era muy difícil debido a la bancarrota de 1739 (FERNÁNDEZ ALBALADEJO, 1977). Esta había frenado la circulación de numerario y alejado del puerto africano a los pequeños

²³ Como ingeniero en jefe de Orán se ha constatado su actividad en el presidio entre noviembre de 1737 y junio de 1739.

²⁴ AGS SGU Leg. 3464, Carta de Juan Bautista McEvan al Duque de Montemar, Madrid, 8 de abril de 1740.

²⁵ AGS SGU Leg. 4773, Carta de José Aramburu al duque de Montemar, Orán, 26 de marzo de 1740.

²⁶ AGS SGU Leg. 4773, Carta de José Aramburu al duque de Montemar, Orán, 3 de abril de 1740.

comerciantes que no dudaban en atravesar el estrecho cuando sabían que los soldados habían recibido la paga.²⁷ La situación en 1740 era tan grave que José Aramburu dio la prioridad al problema económico sobre el militar:

El estado a que han llegado estas gentes de comercio, de suyo poco acaudaladas, por la tardanza de la satisfacción de las pagas de oficiales y operarios es tal que merece la primera atención porque si tarda más en ponerles en estado de que continúen su comercio con la satisfacción de sus créditos se les ahorrará a ingleses y argelinos el dispendio y el cuidado de privarnos de la comunicación con la costa de España.²⁸

El control de las vías marítimas por Gran Bretaña, los problemas financieros de la corona española, sin olvidar la peste en el Magreb (BOUBAKER, 1995; PANZAC, 1985; FÉ CANTÓ, 2011, 2013), son los tres elementos que convirtieron la vida en Orán en algo penoso en aquel momento. Esta conjunción de problemas en los primeros años de la década de 1740 tuvo un impacto en el ritmo de avance de las fortificaciones: fue un impacto coyuntural, como cuando por ejemplo el bloqueo intermitente inglés dificultó el aprovisionamiento en materiales de construcción, de madera en particular;²⁹ o como cuando el miedo al contagio de peste obligó, también en 1740, a las autoridades de Orán a prohibir cualquier salida del recinto amurallado, incluyendo a los moros de paz que estaban encargados de encontrar lo necesario para la fabricación de cal.³⁰ Esto produjo retrasos en la construcción del fuerte marítimo de La Mona. Pero el impacto fue también mucho más estructural. La degradación extrema de la capacidad económica de la Monarquía hispana le impidió enfrentarse a los múltiples desafíos que los ingleses impusieron. Con su potente marina (HARDING, 2010, 2015) los británicos podían atacar casi cualquier punto de la amplia costa peninsular e insular. Este era uno de los mayores temores del duque de Montemar al principio del conflicto. Por eso tomó medidas para mantener el nivel de defensa de la península, de los territorios africanos y de las Baleares. Por eso pidió un cálculo de lo que se debía gastar en las diferentes fortificaciones de la Monarquía durante aquel año.³¹ El historiador dispone así de un documento que permite conocer las prioridades defensivas de la corona en ese momento. El gráfico establecido a partir de los datos de dicho documento da una idea de lo que el duque de Montemar, ministro de Guerra, estimaba necesario para los trabajos defensivos esenciales en la costa de los reinos españoles.

27 AGS SGU Leg. 4747, Carta de José Vallejo al duque de Montemar, Orán, 3 de noviembre de 1737. Se menciona esta relación entre paga y comercio.

28 AGS SGU Leg. 4773, Carta de José Aramburu al duque de Montemar, Orán, 26 de marzo de 1740.

29 AGS SGU Leg. 4783, Carta de José Florenza a Francisco Hurtado, ministro de Hacienda de Orán, en la que el marinero le informa de la captura de cuatro jabeques de Ibiza que llevaban madera a Orán por parte de los ingleses, Orán, 8 de diciembre de 1740.

30 AGS SGU Leg. 3464, Carta de José Aramburu al duque de Montemar, Orán, 23 de abril de 1741.

31 BN Mss 12950/11, Carta del Duque de Montemar al Marqués de Villarias, Madrid, 3 de septiembre de 1741. El título del documento es: *Estado del repartimiento de 8.000 escudos de dotación mensuales que SM tiene resuelto se destinen y remita con el prest y su contingente a las provincias que abajo se expresan para el entretenimiento y reparos menudos de sus fortificaciones y edificios militares.*

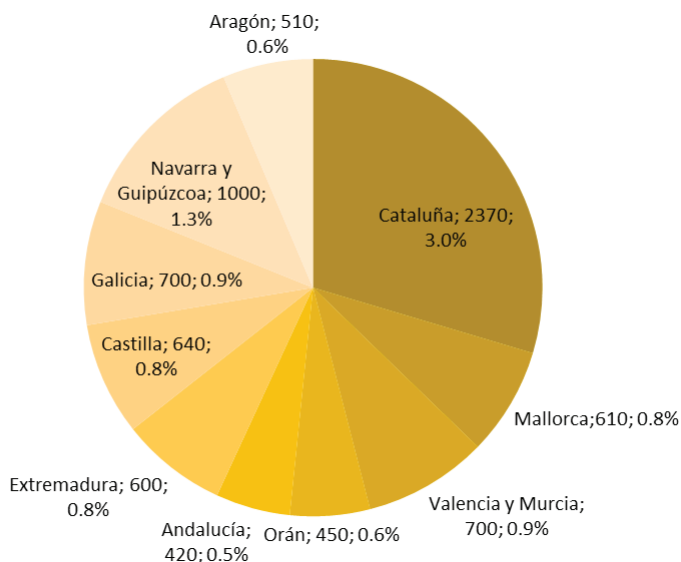


Figura 1. Estado del repartimiento de 8.000 escudos de dotación mensuales que SM tiene resuelto se destinen [...] para el entretenimiento y reparos de sus fortificaciones. Establecido por el autor a partir de BN Mss 12950/11

La prioridad es el Mediterráneo, y sobre todo Cataluña. Quizás por la desconfianza hacia el Principado estaba todavía presente en la mente de Felipe V (GARCÍA CÁRCEL, 2002; FERNÁNDEZ, 2014). Sería necesario saber en qué lugares y fortalezas este dinero era gastado para apreciar lo mejor posible el conjunto de la estrategia defensiva buscada por la Monarquía. Sin poder comentar detalladamente este gráfico se puede decir que es, por lo menos, una prueba de la importancia que tenía el frente mediterráneo dentro de una estrategia general que hizo de la fortificación de las fronteras uno de las palancas de la acción militar de la Monarquía durante estos años de guerra, aunque fuese una palanca minúscula si se tiene en cuenta el cálculo de las sumas que se pueden hacer a partir del presupuesto mensual. Por ejemplo, según Henry Kamen los gastos relacionados con la guerra en 1741 ascendieron a 15.000.000 escudos. El presupuesto de fortificación que se utiliza en estas páginas es de 96.000 escudos anuales. Es decir, un 0.64 % del total desplegado durante el momento álgido del esfuerzo militar (KAMEN, 2000: 307). De manera más particular, el mantenimiento de las fortificaciones oranesas alcanza un 0.036 %, lo cual puede ser una manera de matizar el carácter dispendioso de los gastos de fortificación en Orán, aunque es cierto que se deben llevar mucho más lejos los estudios comparativos. La estrategia defensiva, en la que está inserta el sector de las fortalezas, castillos y fuertes de las fronteras, no era la más importante en este presupuesto de guerra pero es necesario, al mismo tiempo, acumular más datos sobre estos aspectos por zonas geográficas diferentes y también en momentos diferentes, de guerra o de

paz, para conocer mejor el equilibrio presupuestario en una época precisa pero también en su evolución general.

Las dificultades para financiar todas estas obras, en Orán y en el resto de las fronteras, provocaron el enfado del duque de Montemar, pero asimismo el cuestionamiento, por parte de algunos subordinados, de esta estrategia, basada en la fortificación terrestre, para oponerse a la movilidad marítima inglesa. La salida del duque hacia el frente italiano que se estaba preparando entre 1741 y 1742, la constatación de lo improbable de un ataque combinado anglo-otomano, la búsqueda de fuentes de ahorro, o cuanto menos, de reducir los gastos de la corona fueron razones suficientes para que el ministro de Hacienda de Orán, Francisco Hurtado escribiese al nuevo secretario de Guerra, José Campillo, para criticar la utilidad de la batería marítima de La Mona,³² el símbolo de la respuesta hispánica a los temores provocados por esos rumores de intervención inglesa en la Argelia occidental. Hurtado, criticando que no se haya respetado el presupuesto que el duque de Montemar había fijado para los trabajos de fortificación de Orán, juzgó negativamente la función de ese nuevo baluarte costero, pues, para él, « esta batería se quedará virgen, sin disparar un cañonazo por que los ingleses contra quienes parece se ha construido no discurro que jamás se acerquen a ella por no exponer sus navíos a que se pierdan con un norte entre cabo Falcón y Punta de la Aguja ».³³ Esta carta, muy crítica, marcó el principio de una nueva reflexión sobre las prioridades que debían regir los diferentes trabajos que la Corona aunque la necesidad de proteger las fronteras se siguiera manteniendo. Por eso se pidió a José Aramburu un nuevo informe sobre el estado de los castillos y fuertes, y otro sobre los planes para el año 1742 con un cálculo del coste para las obras de aquel año.³⁴ El responsable de aquellos informes fue el nuevo ingeniero en jefe, Antonio Gaver.³⁵ Se trata de un largo documento en el que se asocian las reflexiones propias a la ciencia de la fortificación con consideraciones de orden político, como el papel de Orán en el Magreb, las relaciones con las poblaciones musulmanas vecinas, la competencia económica con Gran Bretaña.

El ingeniero dio una perspectiva de altura a esta memoria que es, a fin de cuentas, una meditación militar y política sobre el presidio y sobre los desafíos a los que éste se debía enfrentar en el contexto difícil de la guerra. Dicha reflexión le llevó a proponer un nuevo proyecto general de fortificación³⁶ modificando los planes que se habían aplicado hasta entonces. Desde el punto de vista estricto de la fortificación, en el proyecto de Gaver Rosalcázar se convirtió en el punto más importante del sistema. Es la ciudadela del conjunto, el último refugio en caso de asedio importante. Gaver subrayó también que toda la línea costera estaba bien defendida con los tres puntos fortificados de Mazalquivir, el fuerte de La

32 AGS SGU Leg. 3464, Carta de Francisco Hurtado a José de Campillo, Orán, 17 de enero de 1742.

33 *Ibid.*

34 AGS SGU Leg. 3464, Carta de José Aramburu a José Campillo, Orán, 20 de enero de 1742.

35 AGS SGU Leg. 3157, Estado y relación en que se hallan actualmente las obras de fortificaciones, Orán, 4 de marzo de 1742.

36 AGS SGU Leg. 3465, Copia de la relación remitida a la corte en 1 de enero de 1743, Orán. Se trata de una copia del proyecto original firmada por el mismo ingeniero. No se ha encontrado todavía el original.

Mona y el de Rosalcázar, aunque hubiese que modernizar en parte éste último para defender mejor la bahía y playa de Orán. Destacó también lo que, desde su perspectiva, era el punto más débil de la defensa oranesa, el lugar en el que los enemigos debían concentrar los esfuerzos ofensivos: el castillo de San Andrés, a diferencia de McEvan quien había señalado el de San Felipe. El juego de opiniones no es lo importante en este caso. Pero es una manera de subrayar que la discusión sobre fortificación está sujeta a variables de expertos y a cambios de perspectiva por lo tanto. El resultado práctico, la construcción de un fuerte, por ejemplo, permanece en el tiempo. Pero hay que tener en cuenta que dicha construcción fue el resultado de una decisión coyuntural, sujeta a discusión entre lo que hoy llamamos especialistas. En el caso de Gaver hay que resaltar su voluntad de no caer en el sueño de la fortaleza inexpugnable, lo que buscaba era reforzar la capacidad del sistema para ganar tiempo, para durar en caso de ataque, para adaptarse, a fin de cuentas, a los accidentes de la guerra. La hipotética caída del castillo de San Andrés abría la puerta a una amenaza sobre la ciudad de Orán, pero no suponía nada definitivo pues esa brecha se podía defender gracias al fuego cruzado de Rosalcázar y los castillos de San Felipe y Santa Cruz. Además la población de la ciudad se podía proteger en Rosalcázar o entre esta ciudadela y el mar.

Gaver intentó no sólo pensar como ingeniero teniendo en cuenta las consecuencias prácticas de las obras de fortificación en caso de sitio. Tuvo en cuenta también lo que suponía Orán en el ámbito de la Monarquía hispana. Todo el trabajo que hizo durante el año de 1742 le permitió madurar su idea sobre dicho tema. La amenaza inglesa, la peste, la crisis económica, todo esto congeló los proyectos de restauración del orden antiguo, el de antes de 1708, el que había en gran parte motivado la expedición de reconquista de 1732 (FÉ CANTÓ, 2015). En este momento de fuerte tensión militar en toda la estructura imperial hispana en el que se pelea en todos los frentes, Gaver propuso al nuevo secretario de Guerra, el Marqués de la Ensenada, el resultado de sus pensamientos. Estos tienen el mérito de contar con una reflexión histórica pues una de las ideas principales de este proyecto general de fortificación es la de reconstruir el fuerte de San Salvador, del que ya se ha hecho mención en este trabajo, el fuerte que frenó a los otomanos en el sitio de 1563. En este caso, restaurar la fortaleza arruinada no tiene que ver con la restauración del pasado. Es más bien el fruto de la aplicación de un pensamiento práctico que tuvo en cuenta la vieja lección del asedio de 1563 pero también las lecciones del desembarco hispano de 1732 durante el cual la ocupación de las alturas que dominan Mazalquivir facilitó la rendición del castillo. El fuerte de San Salvador previsto por Gaver tenía también como objetivo mejorar la seguridad de la gran bahía de Mazalquivir y de los barcos que echasen el ancla en la misma. Al mismo tiempo con esta reflexión sobre el sistema defensivo quería poner fin a los proyectos de intervención más ofensivos e intrusivos con respecto al Oranesado que se habían puesto en marcha en 1738, antes de que la guerra con Gran Bretaña, la crisis económica y la peste los frenasen (FÉ CANTÓ, 2011). El objetivo, por lo tanto, era ofrecer una solución diferente a la que se había intentado implantar antes del inicio de la guerra y que consistía en la composición de una fuerza expedicionaria formada por un millar de soldados

compuesto por 150 jinetes nativos de los presidios africanos, 300 mogataces y moros de paz y, finalmente, 300 desterrados cuyo objetivo era controlar el entorno regional.³⁷ Este proyecto fue aprobado en diciembre de 1738 justo antes de que se produjera la formidable conjunción de la guerra, la peste y la bancarrota. No se pudo llevar a cabo. El ingeniero Gaver intentó buscar otra solución que tuviese en cuenta la nueva situación. Por ello hizo de la fortificación el elemento clave de su reflexión dominada por el concepto de « guerra defensiva »³⁸ que resume el fondo de su pensamiento. Este concepto, utilizado por primera vez por Antonio Gaver al final de 1746, ya muerto el rey Felipe V sintetiza un cambio en la estrategia de la Corona. Enterraba casi por completo el proyecto de fuerza extraordinaria ofensiva que el duque de Montemar había conseguido hacer aprobar antes de que estallase la guerra con Gran Bretaña, o el proyecto de Aramburu, de 1741, para dibujar un Oranesado hispano, que no se ha podido desarrollar en estas líneas por la riqueza y complejidad que su análisis supone (EL KORSO, EPALZA, 1978, FÉ CANTÓ, 2011).

Se puede subrayar la coincidencia entre esta nueva reflexión centrada en el concepto de guerra defensiva con los presupuestos de la política exterior de Fernando VI (BÉTHENCOURT Y MASSIEU, 1998), con la voluntad de gestionar mejor el dinero del Tesoro Real y la fuerza demográfica del reino. Estas correspondencias deben ser entendidas en el complejo juego de mutuas relaciones de que está hecha la Historia. La tesis defendida por Gaver para el espacio oranés, basada en la fortificación como medio de controlar el gasto y mantener alejados los peligros no era propia únicamente del ámbito de los presidios norteafricanos. Por ejemplo, José del Campillo, secretario de Guerra durante los primeros años del conflicto contra Gran Bretaña (1741-1743), había demostrado su preocupación por la frontera mediterránea, como lo escribió afirmando que dicho espacio, «teniendo a la vista nuestros mayores enemigos por serlo de nuestra religión sagrada que son los ingleses y moros, hallan éstos hoy el paso franco para entrarse [...] en la interioridad de nuestra España» (MATEOS DORADO, 1993: 175). La preocupación, nacida en 1740, por un posible ataque anglo-otomano no se había disipado en la corte, hasta tal punto que, en las reflexiones del secretario sobre el estado general del reino, la falta de fortalezas fue juzgada como uno de los mayores problemas del país. Llegó a afirmar que «debe el buen ministro de la Guerra tener altamente persuadido al monarca que mientras más baluartes tenga en las fronteras del reino y algunos en su interioridad, tendrán más reputación sus armas, sus vasallos más seguridad, y sus enemigos más respeto» (MATEOS DORADO, 1993: 175). Por eso es una importante obligación del ministro «estar muy instruido por los capitanes generales y otros jefes superiores de provincias y plazas fuertes del estado de todos los baluartes y castillos del reino y de lo que para su perfección

37 Real Resolución de 31 de diciembre de 1738 sobre formación de tropas extraordinarias para servir en Orán y otras cosas acerca de moros de paz, desterrados, repartimiento de presas etc..., firmada por Carsimiro de Uztariz en la fecha indicada. Se puede consultar en Portugués, 1765.

38 AGS SGU Leg. 3711, Catálogo histórico de los generales y gobernadores que ha habido en las plazas de Orán y Mazalquivir con los sitios, salidas y sucesos más notables desde su primera conquista en 1505 hasta el de 1742, escrito por Antonio Gaver para el marqués de la Ensenada, Orán, 6 de diciembre de 1746.

necesitasen» (MATEOS DORADO, 1993: 174). Durante los dos años que estuvo al frente de la secretaría de Guerra, José del Campillo puso en práctica estos principios. El trabajo del ingeniero Antonio Gaver en Orán responde a esta voluntad que expresaba una orientación que se puede tildar de oficial y que el mismo Campillo resumió de manera acertada: «Sin el gran socorro de los baluartes, fortalezas y castillos es un reino casa sin puertas, sin llaves y llaves sin guardas» (Mateos Dorado, 1993: 44). Hubo pues una voluntad por parte de la Corona de sacralizar el territorio del reino con una inversión consecuente de fortificación de las fronteras, de todas las fronteras, las de los territorios de los presidios africanos incluidas. Es necesario discutir la opinión de los historiadores Mikel de Epalza y Juan Bautista Vilar quienes critican las inversiones excesivas hechas en Orán durante el siglo XVIII, las obras monumentales o la ampliación del sistema defensivo. Estos gastos formaban parte de un plan general de la Corona, comenzado en la época del duque de Montemar como ministro de Guerra y continuado por su sucesor, Jose del Campillo, al menos para la zona de los presidios africanos. Parece imprescindible y necesario hacer un trabajo más sistemático sobre la fortificación de los territorios del reino para comprobar si coincide con actuaciones reales o con proyectos de fortificación en otras zonas del Imperio hispánico, y no sólo de la península o de las islas Baleares o Canarias.

3. CONCLUSIONES

El análisis del caso de Orán invita a descartar la idea de un dispendio inútil que defienden algunos historiadores al afirmar que esas obras del siglo XVIII « fueron evidentemente excesivas: construcciones monumentales en la ciudad ampliación del sistema defensivo...etc; hay que atribuir las al interés personal de los Borbones de España, que consideraban que la presencia española en la ciudad reconquistada en 1732 era uno de los títulos de orgullo de su dinastía » (EPALZA, VILAR, 1988: 109). Más allá de la lectura tradicional de la política imperial de los Borbones hispanos muy centrada en la interpretación dinástica de la misma, en este trabajo se intenta demostrar que el presidio de Orán, pero asimismo el de Ceuta o incluso los presidios menores, formaban parte de un entramado general, imperial precisamente, en el que se jugaba el equilibrio, siempre inestable, del Mediterráneo occidental pero también de los bloques imperiales en general, el británico y el hispano en particular. El impacto de la guerra con Gran Bretaña a partir de 1739 se dejó sentir, por lo tanto, en una reflexión sobre la fortificación de las fronteras que se tradujo en realizaciones que deben ser puestas, a su vez, en relación con dicho contexto, como por ejemplo el fuerte de La Mona en Orán o en planes de fortificación generales que tuvieron en cuenta la situación no sólo del presidio oranés en particular sino también de las diferentes fronteras mediterráneas. La herencia de los Tratados de Utrecht era una sombra alargada que se plasmó en la piedra de fortificaciones construidas o proyectadas cuando el conflicto larvado con Gran Bretaña volvió a estallar para delimitar los intereses, tanto en el Mediterráneo como en el Caribe, o en general, toda la zona de influencia de los territorios de los imperios citados.

4. BIBLIOGRAFÍA

- ALONSO ACERO, B. (2000): *Orán-Mazalquivir, 1589-1639: una sociedad española en la frontera de Berbería*, CSIC, Madrid.
- ALONSO ACERO, B. (2006): *Cisneros y la conquista española del norte de África: cruzada, política y arte de la guerra*, Ministerio de Defensa, Madrid.
- BAUDOT MONROY, M. (2013): *La defensa del Imperio. Julián de Arriaga en la Armada (1700-1754)*, Ministerio de Defensa, Madrid.
- BETHENCOURT Y MASSIEU, A. (1998): *Relaciones de España bajo Felipe V. Del tratado de Sevilla a la guerra con Inglaterra (1729-1739)*, Las Palmas de Gran Canaria.
- BITTERLING, D. (2009): *L'invention du pré carré. Construction de l'espace français sous l'Ancien Régime*, Albin Michel, Paris.
- BLACK, J. (2004): *Rethinking Military History*, Routledge, Londres.
- BODIN, M. (1934): « Documents sur l'histoire espagnole d'Oran. Nécessité de fortifier Oran », *Bulletin de la Société de Géographie et Archéologie d'Oran*, 369-374.
- BOUBAKER, S. (1995): « La peste dans les pays du Maghreb: attitude face au fléau et impacts sur les activités comerciales (XVI-XVIII siècles) », *Revue d'Histoire Maghrébine*, 79-80: 311-341.
- BUNES IBARRA, M. A. y GARCÍA-ARENAL, M. (1992): *Los españoles y el norte de África. Siglos XVI-XVIII*, Mapfre, Madrid.
- CÁMARA, A., MOREIRA, R. y VIGANÒ, M. (2010): *Leonardo Turriano, ingeniero del Rey*, Fundación Juanelo Turriano, Madrid.
- CAZENAVE, J. (1922): « Les présides espagnols d'Afrique, leur organisation au XVIIIe siècle », *Revue Africaine*, 63: 225-269, 457-489.
- DÍAZ CAPMANY, C. (2004): *La fortificación abaluartada. Una arquitectura militar y política*, Ministerio de Defensa, Madrid.
- EL KORSO, M., EPALZA M. (1978): *Oran et l'Ouest algérien au 18ème siècle*, Bibliothèque Nationale, Argel.
- EPALZA, M. y VILAR J. B. (1988): *Planos y mapas hispánicos de Argelia. Siglos XVI-XVIII*, Instituto Árabe de Cultura, Madrid.
- FÉ CANTÓ, L. F. (2011): *Oran (1732-1745) Les horizons maghrébins de la monarchie hispanique*, tesis dirigida por Bernard Vincent, EHESS, París.
- FÉ CANTÓ, L. F. (2013): « La grande famine de 1750 dans l'Oranais: d'autres voies vers la captivité et l'esclavage », en *Cahiers de la Méditerranée*, 87, 2013, 275-290.
- FÉ CANTÓ, L. F. (2015): « A las puertas del Magreb central. La historiografía y los proyectos comerciales en la conquista de Orán en 1732 », en IGLESIAS RODRÍGUEZ, J. J., PÉREZ GARCÍA, R., FERNÁNDEZ CHAVES, M. F., *Comercio y cultura en la Edad Moderna*, soporte CD, Universidad de Sevilla, Sevilla: 643-655.
- FÉ CANTÓ, L. F. (2016a): « Las trayectorias divergentes de las poblaciones musulmanas de Orán tras la reconquista hispana de 1732 », Borja, F., Pomara B., Lomas, M., Ruiz, B. (eds.), *Identidades cuestionadas. Coexistencias y conflictos interreligiosos en el Mediterráneo (ss. XIV-XVIII)*, Universidad de Valencia, Valencia: 141-153.

- FÉ CANTÓ, L. F. (2016b): « Cuestiones en la investigación histórica hispano-magrebí en la Epoca Moderna », Prieto García, A. M.; Rodríguez Trejo, M. J. (eds.): *Métodos y perspectivas de investigación en historia moderna*, Universidad de Extremadura, Cáceres: 163-179.
- FERNÁNDEZ, R. (2014): *Cataluña y el Absolutismo borbónico. Historia y política*, Crítica, Barcelona.
- FERNÁNDEZ ALBALADEJO, P. (1977): « El decreto de suspensión de pagos de 1739, análisis e implicaciones », *Moneda y Crédito*, 142: 51-85.
- FEY, H-L. (1858): *Histoire d'Oran. Avant, pendant et après la domination espagnole*, Adolphe Perrier, Oran.
- GARCÍA CÁRCCEL, R. (2002): *Felipe V y los españoles*, Plaza & Janés, Barcelona.
- HARDING, R. (2010): *The Emergence of Britain's Global Naval Supremacy: The War of 1739-1748*, Boydell&Brewer, Rochester.
- HARDING, R. (2016): *Modern Naval History: Debates and Prospects*, Bloomsbury Academic, Londres.
- KAMEN, H. (2000): *Felipe V. El rey que reinó dos veces*, Temas de Hoy, Barcelona.
- KEHL, C. (1933): « Le fort Santa Cruz », *Bulletin de la Société de Géographie et d'Archéologie de la province d'Oran*, 54: 65-73.
- LA VÉRONNE, Ch. de (1983): *Oran et Tlemcen dans la première moitié du XVIe siècle*, Geuthner, Paris.
- LESPÈS, R. (1938): *Oran. Etude de géographie et d'histoire urbaine*, Alcan, Paris.
- MATEOS DORADO, D. (1993): *José del Campillo y Cossío. Dos escritos políticos. Lo que hay de más y menos en España / España despierta*, Junta General del Principado, Oviedo.
- MAESTRE DE SAN JUAN PELEGRÍN, F. (2006): « La caída de Orán en 1708. La heroica defensa de una ciudad sin esperanza de salvación », *Cartagena histórica*, 16: 14-20.
- MARTÍN CORRALES, E. (2005): « De cómo el comercio se impuso a la razzia en las relaciones hispano-musulmanas en tiempos del Quijote: hacia la normalización del comercio con el norte de Africa y el Levante otomano a caballo de los siglos XVI y XVII », en *Revista de Historia Económica*, 23, 2005, 139-159.
- MÉROUCHE L. (2007), *Recherches sur l'Algérie à l'époque ottomane*. Vol. II, *La course. Mythes et réalités*, Bouchène. Paris.
- PANZAC, D. (1985): *La peste dans l'Empire Ottoman 1700-1850*, Peeters, Lovaina.
- PESTEMALDJOGLOU, A. (1940): « Mers el-Kébir. Historique et description de la forteresse », *Revue Africaine*: 154-185.
- PORTUGUÉS A. (1765): *Colección general de las ordenanzas militares, sus innovaciones y aditamentos, dispuesta en 10 tomos, con separación de clases*, vol. VIII, A. Marín, Madrid: 184-189.
- SÁNCHEZ DONCEL, G. (1991): *Presencia española en Orán (1509-1792)*, Estudio Teológico, Toledo.
- SUÁREZ MONTAÑÉS, D. (2005): *Historia del Maestro último que fue de Montesa y de su hermano don Felipe de Borja. La manera como gobernaron las plazas de Orán y*

- Mazalquivir, reinos de Tremecén y Ténez*, BUNES IBARRA, M. Á y ALONSO ACERO, B. (eds.), Institució Alfons el Magnànim, Valencia.
- VERA APARICI, J. (1995): « El castillo de Santa Cruz, paradigma de la arquitectura militar española en Orán », *Aldaba*, 26: 309-343.
- VIROL, M. (2003): *Vauban. De la gloire du roi au service de l'Etat*, Champ Vallon, Seyssel.